

CARTA AL AUSENTE



AMAURY FLORES

P R O Y E C T O

Almendra



PROYECTO ALMENDRA





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO





CARTA

al ausente

Amaury Flores





Proyecto Almendra

Miguel Ángel Galván Panzi, *coordinador del proyecto*

Edgar Mena, editor

Nancy Mora Canchola, Alejandro Espinosa,

Alejandro Baca, *comité editorial*.

Proyecto Almendra, PB. OOOOOO

Departamento de Comunicación, Proyectos Editoriales,

Departamento de Impresiones de CCH Naucalpan.

Calzada de Los Remedios 10, Colonia Los Remedios,

Naucalpan, México, CP. 53400

Carta al ausente

Primera edición, octubre de 2015.

© Amaury Flores

© 2015, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,

C.P. 045010, México, Distrito Federal.

“Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita de los derechos patrimoniales”.

Impreso y hecho en México









PRÓLOGO:

Querido padre:

Esta debe ser la primera vez que te escribo, espero que no te moleste la tinta roja. Ha pasado un largo tiempo, sé que ambos hemos esperado este momento por años, pero yo no estaba listo, hay una larga cadena de pretextos que al final es absurdo justificar, sólo evitaba enfrentarte, pues entenderás que cuando pierdes algo sin razón aparente, uno simplemente recurre al odio para sobrevivir, pero ya me estoy alejando del propósito de la carta, por algún motivo tuviste que irte y no es tu obligación encontrarme si soy yo quien se busca. No sé bien que tanto sepas lo que ha sucedido durante todos estos años; sobre el abuelo, su casa, el conflicto con los tíos Aquiles y Andrés, etc. Pero con esta correspondencia espero que se aclaren todas las dudas, ver puentes en lugar de abismos con la misma esperanza y quien sabe, quizá algún día pueda ser que nos volvamos a ver las caras, pues somos dos mundos distintos; un objeto y su reflejo que pretenden ser lo mismo ¿será posible alguna reconciliación? Supongo que es hora de descubrirlo. Estoy listo, con el precio justo, la sangre de nuestras venas abiertas, de nuestras confesiones.

Siempre tuyo: Agustín.







DÍA I:

Pensaba que el portón del patio de la casa del abuelo era una especie de ataúd para los amargados y los desgraciados. Recuerdo que lo que parece que fue no hace mucho, ya está lleno de maleza que araña zigzagueante las grietas de las paredes grises, mezclada en ella un ritmo olor y sabor a sangre, pólvora y óxido. Sangre porque eso es lo que me conecta con este lugar, mi familia; y pólvora, la determinación de mi raza al combate, la persecución; todo ello oxidado por el tiempo y el abandono. La tormenta comenzó cuando era un niño que vivía serenamente, hasta que me acercaba a ese portón oscuro para ver llegar a los tíos Aquiles y Andrés, escuchar el filo de su cólera contra el abuelo borracho, dueño de la casa. Encerraba aquel portón el temor en el que viví mientras crecía a la sombra de mi madre y un espacio vacío que mi padre, dejó vacante cuando se fue en busca de su “sueño”. Crecí y era cada vez más consciente de lo que ocurría en aquella casa, en el pueblo llamado “la provincia de los soberanos”, donde poco a poco, las raíces que alguna vez la volvieron una fortaleza de honor se debilitaron junto a la salud física y mental de su dueño y el respeto que todos le tenían. Los tíos tenían delirios de ira muy a menudo y sin ningún aviso, nunca estuvieron de acuerdo con las





decisiones que el abuelo tomaba, puesto que todo muro que él levantaba era algo que ellos debían derrumbar. Esas hazañas eran, según ellos su forma de inmortalizarse. Al principio el abuelo se defendía muy bien, sin tambalear, pero poco a poco el tiempo abandono su fuerza y su papel pasó de ser la autoridad a un simple espectador hasta que se aisló completamente del mundo en su habitación, que siempre había sido el sótano. Su cuarto era enorme y tenía una gran biblioteca que uso mucho cuando era joven. Aunque lo que de verdad llamaba la atención era el enorme espejo que colocó el día que regresó de un viaje lejano, lo puso justo enfrente de su cama. Lo que hacía era sentarse en el borde de ella y quedarse días enteros mirándose a través del espejo, como si se hipnotizara mientras el infierno se desencadenaba justo encima de él. Recuerdo que una vez, por simple curiosidad infantil me asomé para espiarlo. Cuando incliné mi mirada a través de la puerta entreabierta, pude verlo mirándose fijamente, hasta que empuje ligeramente la puerta, haciendo rechinar las viejas bisagras de ésta, que llamaron la atención no precisamente de él, su reflejo fue el que volteó y clavó en mí una mirada monstruosa, yo me aterré, y salí corriendo. Nunca hable de ello, no porque fuera a sonar a locura, si no que quería convencerme de que seguía siendo el abuelo quien estaba sentado ahí, decadente, y no lo que habitaba en el espejo, aparte de que no ayudaría para nada a resolver los complicados acontecimientos, no volví a bajar a ese cuarto.

Al pasar los años la situación era más densa y la presencia del abuelo aún más distante, hasta que un día en el que yo limpiaba un viejo ático. De una repisa escondida entre abrigos viejos cayó un diario que tenía el nombre del





abuelo, era un libro enorme y antiguo con una pasta roja y gruesa, y antes de que yo pudiera ojearlo, me di cuenta de que el golpe que éste dio contra el ruidoso y traicionero piso de madera despertó al terrible tío Aquiles, con cólera, ya que dormía en una habitación que estaba justo debajo del ático. Metí el libro en mi camisa para y me apresure a terminar para evitar algún problema. El descubrimiento de ese diario trajo secuelas sumamente extrañas, durante una semana, después de cada arranque de ira de mis tíos, un par de capullos negros emergían de la espalda del abuelo, con un aspecto desagradable y doloroso, aunque curiosamente desprendían un olor parecido al de la miel, hasta que finalmente llegó el día de abril, pues en medio de una comida especial dedicada a un héroe nacional, en el patio de la casa, mientras todos se entretenían viendo al tío Héctor partir a la mitad conejos con la cabeza, literalmente, de los horribles capullos que agobiaron al abuelo por siete días, salieron un par de hermosas alas, emplumadas de color blanco, que se extendieron libremente a lo ancho del patio, fue entonces todos vimos como él se alejaba lejos, en el cielo, sin saber si habría dicho adiós.







DÍA II:

Todos los días era horrible ver cómo colgaban horribles verrugas de los párpados de mi abuelo, y ahora, me preguntaba si estas habrían caído como lágrimas de él en el momento en que levantó el vuelo. La casa siempre había estado llena de gritos, insultos, y cadáveres de conejos, pero él ya no estaba, y aunque se esperaba verlo caer en algún momento entre los rosales y tulípanes de las jardineras del patio, como si el sol hubiera quemado sus alas, nada devolvió el aire. Lo único que él dejó atrás fueron un par de plumas de sus alas, blancas, que recogí y el tío Aquiles me vio hacerlo a lo que dijo:

“- Cómo te encanta a ti recoger porquerías escuinclé, qué no sabes que el hombre es sólo una fábrica de mierda, sólo sirve para una cosa, ¡Cagar!” Esa era su frase preferida, y siempre que terminaba de decirla, se bajaba los pantalones para enseñarnos la raya. “El hombre es solo una fábrica de mierda”. Mis tíos no tardaron en ver aquello como la oportunidad perfecta para obtener la autoridad máxima de la casa.

No conservé absolutamente nada de valor del abuelo, más que su viejo diario, y el par de plumas. Pocas noches después del evento decidí leer aquellas notas e indagar en la vida del viejo. Lo primero de lo que me pude dar cuenta





es que fue un hombre que viajó mucho, conoció casi todo sobre el mundo gracias a una búsqueda, la de su padre, que lo abandono de niño. En ese momento me sentí reflejado en aquellas letras como él en el espejo de su habitación. Narra que su padre había sido un hombre de negocios, que tuvo que irse para conseguir algo, así que todo el tiempo mi abuelo sólo trato de seguir los pasos de su padre para encontrarlo. Jamás me habría imaginado que podía existir alguna situación semejante a la de mi padre y yo, continué leyendo, pero no tarde en darme cuenta que alguien había arrancado un tramo de páginas en los que debía estar escrita la conclusión. ¿Por qué había arrancado él aquellas hojas, si nadie pudo hacerlo, más que él? ¿Cómo podía ser que fuéramos tan semejantes? Sentí tanta ansiedad por tratar de responder aquellas preguntas que solté el libro y éste cayó, dejándose abrir justo en la pasta inferior donde habían escritas unas cuentas notas, y a juzgar por lo que decían y por la frescura de la tinta, supe que eso lo había escrito recientemente, quizá en uno de sus ratos de ausencia aprovecho para esconderlo ¿Lo habría hecho intencionalmente para que alguien lo encontrara, para que yo lo hiciera? Las notas hablaban de su relación con mis tíos, confesando no haberse entrometido entre los pleitos de sus hijos porque era mejor que por ellos nos exiliáramos de aquel lugar y del pueblo. Nos estaba salvando, según él a sí mismo, y a nosotros.





DÍA III:

Era amargo leer eso, pero reflexionarlo era mucho peor, producía enojo, decepción y un amargo sabor en el alma. Al día siguiente salí a buscar un poco de tranquilidad en las marchitas jardineras del patio, me senté sobre una de las frías bancas de concreto que bordeaba a una pequeña fuente seca. De pronto pensé que tal vez el tío Aquiles tenía razón, que los humanos, no somos más que unas ridículas máquinas de mierda, y todo lo que hacemos, y somos no es más que monserga, y como excremento, somos abandonados por quienes nos crean, el padre de mi abuelo a él, mi padre a mí y ahora el abuelo a todos nosotros. Sin embargo yo no estaba convencido totalmente de ello y me resistía a aceptarlo. Puse las manos dentro de los bolsillos de mi abrigo y encontré el par de plumas que había guardado una noche atrás. Las saqué con cuidado, y con ellas acaricie mi rostro por la ansiedad de no saber que pensar o que decir sobre mis pensamientos, sólo cerré mis ojos lo más fuerte que pude e imagine poder volar también para poder largarme a donde fuera, justo como el abuelo y mi padre lo habían hecho, lejos, donde los hombres no sólo fueran fábricas de mierda. Mi deseo no tardo en cumplirse.

Unos días después, mi madre y al tía Cleo optaron por ir a vivir a otro lugar, lejos de ahí, pues todo era mejor que





aguantar la terrible personalidad de sus hermanos. Así la tía Cleo puso mar de por medio entre ellos, mientras que mamá y yo rentamos una casa en un suburbio bastante lejos de la Provincia de los soberanos. Vivimos ahí varios años, con el tiempo nos enteramos el tío Aquiles y el tío Andrés no estaban mucho tiempo en casa, que prácticamente estaba deshabitada y poco a poco se transformaba en ruinas, y aun así ni mi madre ni yo pensamos en volver. Ciertas emociones permanecían y haber huido no ayudó a que desapareciera la sensación de abandono y miseria. Las noches eran los momentos en los que los recuerdos preferían asaltarme sin misericordia, robando toda la esperanza que el día pudiera otorgar. La noche en que todo esto cambió yo revisaba unas cajas viejas que estaban guardadas en el armario de mi cuarto, encontré entre ellas el viejo diario del abuelo y al abrirlo aún estaban ahí las plumas de sus alas a manera de separadores. Amontone las cajas en un rincón de la habitación y me dirigí a mi cama, recostándome, hojeé el diario una vez más. Se hacía tarde, pero pensé que buscar de nuevo en el pasado del abuelo me daría alguna respuesta.

A medida que el tic tac del reloj seguía, yo intentaba no cerrar los ojos, tenía sueño y como el aburrimiento es a veces más rápido que la revelación, estaba a punto de quedarme dormido, hasta que llegué a un fragmento en el que el abuelo hablaba de un sueño. Según éste, él estaba en medio de un camino solitario, donde veía a su padre manejar un auto viejo velozmente y él corría detrás del auto llorando, tratando de alcanzarlo inútilmente, mientras el vehículo desaparecía en el horizonte, pero en medio del drama, una mujer encapuchada con una túnica negra,





salía de la nada y se acercaba a él, diciéndole algo ininteligible en el oído. Todo parecía normal, pero en algún punto de mi lectura debí dejarme absorber por el cansancio y me transporte inmediatamente al sueño, el mismo que acababa de leer del diario solo que esta vez yo estaba dentro y era a mí a quien se acercaba esta extraña mujer y con una voz estruendosa y potente me decía: -Cállate y escucha.







DÍA IV:

El sueño dio un nuevo giro, estaba ahora frente a mi padre, aún en medio de la carretera desértica, mientras él me decía: “Hacer música es un arte, aunque a veces es creo que lo es más escucharla” mientras afinaba su guitarra con delicado ajuste, clavija tras clavija, “-dime hijo, que sonido es el que te agrada, y tocaré otra cosa, dime cuál no, y no pararé de tocarlo.” Lo único que a mí me importaba en ese momento era cuestionarlo sobre por qué se había ido, si iba a regresar, si no se sentía mal por tanto tiempo de abandono, hasta que le gritaba cobarde. Pero él ni se inmuto, parecía que entre más fuera mi reproche, menos me tomaba en cuenta, yo ya estaba a punto de rendirme. En aquel momento comenzó a tocar notas un tanto melancólicas, aunque estas no fueran precisamente nuestros gustos musicales, sin embargo algo movieron en mí. La tranquilidad vino de inmediato, tan afinada, tan amable, por un momento todo aquello sobre el abuelo, la fábrica de mierda y la miseria perdió toda su influencia.

Abrí los ojos sin perder aquella paz onírica, pero sabía que el sueño había terminado, me incorpore muy lentamente, deslizando el libro que había dejado caer sobre mi pecho cuando me quedé dormido, seguía abierto en las mismas páginas, el sol ya había salido, debían ser las





nueve, quizás las diez de la mañana, mire alrededor y no había nada nuevo, devolví la mirada al diario y note un detalle nuevo, al final del pasaje que había leído anoche estaba escrito con tinta azul algo que parecía ser una dirección: “#507 Del bosque. Camino a Piedra Alta. Casa de Curandera.”

Pasaron varios minutos antes de comenzar a recapitular, parte por parte aquel sueño, que recordaba muy bien, a pesar de que siempre me había costado recordar uno. Dos cosas de él me inquietaban, ¿Por qué mi padre se hizo presente en aquel sueño y quién era la misteriosa mujer encapuchada? Nunca había creído en los mensajes de los sueños, sin embargo desobedecí el sentido común, puesto que estaba seguro que éste trataba de decirme algo y la dirección escrita en el diario no podía ser una coincidencia. Sabía que en aquel lugar encontraría respuestas. Durante el resto del día investigué si de verdad existía ese tal pueblo Del bosque, y en efecto, se encontraba a unos cinco kilómetros de otro poblado llamado Piedra Alta, supuse que “curandera” era como le llamaran a quien sea que fuera el propietario del número quinientos siete, no lo medite mucho tiempo ¿Qué más da si éste no era el lugar apropiado para encontrar respuestas? Esa noche preparé una mochila con el diario, las plumas, ropa, un poco de comida, y tomé todos mis ahorros que debían servirme para estar una semana afuera. Escribí una nota para mamá, la deje sobre el comedor, y me dirigí a la estación de autobús más cercana. Lo más próximo que el transporte podía dejarme de mi destino era en la estación de Piedra Alta, de ahí el resto del viaje sería a pie. Partimos aun cuando la noche era joven, ya había amanecido cuando llegamos





a Piedra Alta, pero aún sobraban cinco kilómetros más de viaje, a pie. El camino que llevaba a Del Bosque no estaba pavimentado y atravesaba una gran zona árida. El sol dejaba caer el calor más terrible de todos sin piedad alguna. Antes de entrar la gente del pueblo trató de advertirme de los peligros en el camino; bandidos, serpientes venenosas, la sed extrema, y sobre todo un rumor que decía que Del bosque era el hogar de una bruja maldita, y quién entrara ahí, era difícil volverlo a ver siendo el mismo, o vivo, pero ya había llegado demasiado lejos para volver, así que ignore las advertencias y me puse en marcha.

No me explico cómo, pero cruce el camino completo sin ningún rasguño, salvo las quemaduras por el sol en la piel, y por la tierra caliente en los pies. El agua se agotó justo en el último instante, frente a un viejo y feo letrero que anunciaba la bienvenida al poblado Del Bosque. El sitio no tenía más de 15 casas, muy viejas, y las calles estaban desiertas, me habría ido inmediatamente de no haber visto una delgada columna de humo elevarse por la chimenea de una de las casas, que a diferencia de las demás parecía albergar a alguien. Había bloqueado en mis pensamientos las advertencias de los lugareños hasta ese momento, frente a la casa que tenía acertadamente el número quinientos siete, entonces mi miedo despertó, y una bruja, por muy ridícula que fuera la idea, me aterraba. De pronto la puerta se abrió y una figura humana salió de entre las tinieblas de la casa, cuando ví bien me pude dar cuenta de algo inquietante: era la mujer de negro de ese sueño del abuelo y yo. Estaba paralizado, sentía su mirada sin necesidad de ver sus ojos, se acercó lentamente hacía mí y me preguntó “¿Cuál es tu nombre?” Con mucho trabajo le respondí, después de un





largo momento de silencio movió bruscamente sus manos y se las llevó a la cabeza para retirar la capucha, pensaba que se trataría de un fenómeno, de una bruja horrible con el rostro deforme, como aquellas que mencionan en las historias de terror o las que se muestran en las películas, pero esa mujer tenía un rostro normal, cabello largo, lacio y negro con grandes ojos cafés, y una nariz fina. Pero aun así no llevara la capucha puesta, su personalidad era imponente, puesto que después de haber guardado silencio por varios minutos me dijo: “Agustín... bienvenido, te he estado esperando.”





DÍA V:

Describir la casa de aquella mujer era tan complicado como caminar dentro de ella, era muy oscura, la única fuente de luz que iluminaba débilmente la habitación era un cirio puesto en el piso, pero a pesar del lúgubre ambiente de aquel sitio, me sentía seguro, aquella mujer y yo nos sentamos alrededor de la vela. Nos observamos un breve instante, hasta que ella se presentó – Mi nombre es Kim, pero la gente suele llamarme curandera, dime ¿acaso solo has venido a quedarte así viéndome, o por algo más específico. Yo no sabía precisamente que responder, todo era tan complicado, así que se me ocurrió mostrarle el diario del abuelo, ella lo hojeo completo y se detenía en algunas partes que al leerlas hacía gestos como si viera un montón de fotos viejas. Cuando aparto el diario y volvió a verme se levantó y me pido que esperara un momento. Entró en otra habitación, me quede solo en aquella sala, tardo en regresar varios minutos y cuando volvió traía consigo una jarra y dos tazas, vertió una especie de té caliente en cada una y me invito a probarlo, con bastante desconfianza lo hice, podría tener veneno, sin embargo no tenía un mal sabor, mientras lo bebía ella me pregunto si no me preguntaba por qué el pueblo estaba abandonado a excepción de ella, yo le dije que no, e insistió en contarme





que aquel lugar siempre había sido un lugar de paso para viajeros, que con el paso de los años, ha sido olvidado, era la primera vez en años que algún forastero entraba por él camino desde piedra alta. Mi preocupación más grande era respecto al diario, y no a lo que ella me decía, cómo pude, le pregunte si alguna vez había conocido al abuelo, o acaso él alguna vez había pasado por aquí, ella pensó bastante su respuesta, pero finalmente respondió: - “Tu abuelo, pasaba por aquí frecuentemente desde hace muchos años, se hospedaba cuando venía en búsqueda de mi madre, a ella y a mí nos llaman brujas por superstición, pero en realidad no somos nada de eso, sino simplemente curanderas, nos dedicamos a ayudar a gente como tu abuelo, perdida, y que busca y busca, pero jamás encuentra. Lo que tu abuelo encontró aquí no fueron precisamente revelaciones o respuestas, yo no lo conocí tan bien como mi madre, ojalá ella pudiera explicarte de mejor forma las cosas, pero murió hace un par de años, sin embargo no creo que necesites tanta información para darte cuenta que tu abuelo te está llevando por el mismo camino que él recorrió, sin embargo debes saber qué sus destinos serán completamente distintos si tú alcanzas a ver en otra dirección, ¿Recuerdas sí él alguna vez llevó un enorme espejo a su casa?” Yo le respondí que sí, entonces ella sonrió, tomó el sirio, y camino en la habitación hacia una de las paredes. No entendía muy bien lo que estaba haciendo, hasta que puso la vela dentro de un recipiente de cristal, que se asemejaba mucho a un reloj de arena inclinado, de pronto la luz que emitía la vela se hizo más intensa y difuminaba un espejo frente a ella, colgado en la pared, entonces un haz de luz se reflejó desde aquel espejo y termino iluminando





otro espejo que a su vez también destelló un rayo que ilumino otro espejo, y otro, y otro hasta formar una intensa red de luz que ilumino sorprendentemente toda la casa, era increíble.”-Cómo puedes ver, dijo ella, todo es una especie de rompecabezas, solo hay que hallar la parte principal para que todas las piezas comiencen a embonar, aquí falta una, tu abuelo se la llevo.” –“El espejo de su casa, esa es la pieza principal, ¿cierto?, respondí. Ella acento con la cabeza, y me tomo un hombro, y me dijo: “-A partir de ahora, el resto depende de ti, debes irte lo más pronto posible.” Pero quería estar un rato más, ambos contemplamos la extraña red de luz que acabo con la obscuridad.

Al atardecer decidí irme, afortunadamente ella no era ninguna bruja, sino todo lo contrario, me hizo el favor de llevarme de vuelta a Piedra Alta en una vieja camioneta que estaba estacionada detrás de su casa, cuando llegamos al pueblo, la gente miraba con mucho asombro a curandera, era como si le tuvieran miedo, sin embargo a ella parecía no importarles, pero a pesar de que todas las supersticiones no eran más que eso, en algo tenían razón, yo no iba a regresar siendo el mismo. Compré un viaje a la Provincia de los Soberanos, y curandera se despidió de mí, me deseo suerte, subió a su camioneta y desapareció entre las calles.







DÍA VI:

Durante todo el camino observe a través del cristal mi propio reflejo encima del paisaje que recorríamos, era como una película, con una parte inmóvil, no sabía que iba a encontrar en el espejo, pero esa era la clave, cuando llegué a la Provincia de los Soberanos, ninguno de mis antiguos vecinos me reconoció, habían pasado tantos años, que no creía que nada siguiera igual, y en efecto tenía razón, cuando llegue a la casa del abuelo todo se reflejaba en las ruinas, el patio se convirtió en una enorme red de grietas y alambres que desconfiguraban el recuerdo que tenía del lugar. Ya adentro, las dunas de polvo me dificultaban mucho ver más allá. Me hubiera gustado poder preguntarles a mis tíos si valió realmente la pena pensar que el hombre era una fábrica de mierda, sin embargo no los odiaba, simplemente así eran, ahora puedo tratar de acariciar un poco a los escombros, de escuchar qué es lo que la casa quería decirnos a todos, cuál era la intención de mi abuelo al dejar tantas pistas regadas desde su partida. Definitivamente la casa es un reloj de arena, el símbolo de la diferencia, y una oportunidad para reconciliarme con aquello que a las personas nos gusta enterrar en nuestro pasado, aunque siempre nos gusta vivir en él, y qué mejor lugar que la habitación de mi abuelo, la parte





más profunda de este hogar. Al bajar las débiles escaleras viejas, sus chirridos podían haber asustado a una persona que no hubiera enfrentado ya el terror como aquella ocasión en la que recuerdo que vi al reflejo del abuelo moverse. Inevitablemente, estaba enfrente del hueco de la puerta, parecía que ésta había sido arrancada. Entre tantos restos de astillas me deslicé cuidadosamente hasta adentro, encendí la luz, que extrañamente aún funcionaba en esta casa, sin embargo lo que de verdad me impresionó fue ver por la rabilla del ojo, que el espejo del abuelo había sido cubierto con una manta sucia, se notaba que ya llevaba un tiempo sin que nadie le prestara atención, y aun así, a mí tampoco me daban ganas de destapar el cristal, por miedo a que, eso que vi cuando niño siguiera ahí, o que mi padre apareciera de repente atrapado, sería terrible, todo mi viaje habría valido para nada. Así que mientras salía de la habitación, dejé la luz encendida. Volví a la sala, y miré a mi alrededor, me pregunté si valdría la pena volver a este lugar, e intentar iniciar de nuevo, de alguna manera hice eso, pero qué tal si lo que quería esta casa era descansar de tanto odio. Caminé un poco entre sus pasillos, sus arterias, y recorrí con calma cada una de sus esquinas y sus habitaciones, con puertas que me llevaban a ciertos recuerdos, o a ciertas esperanzas que sentí un poco infantiles, hasta me tomó un poco de tiempo para examinar los restos de la cocina, en busca de un buen vino añejo que el abuelo haya dejado oculto entre las sillas, pero al recorrer todas las conexiones, caminos y recorridos no hacían más que llevarme de nuevo a las escaleras que dan con la habitación del abuelo, en este momento me queda claro que lo que sea que vine a buscar se encontraba dentro de ese cuarto,





y yo tenía que averiguar que era, así que con todo lo que tenía, bajé lo más decidido posible hasta atravesar los restos de puerta y con un poco de luz como testigo de nuestro encuentro, me aguanté la terrible idea de ver fantasmas proyectados en el espejo y retiré la manta, la idea de ver el rostro arrugado, canoso, excesivamente blanco, y los ojos penetrantemente fuertes de color miel de mi abuelo o el rostro moreno, con el pelo quebrado, gestos toscos y cabello negro, desaparecieron inmediatamente cuando únicamente aparecí yo frente a mí.







DÍA VII:

Todo este tiempo he aprendido la importancia que el silencio tiene en nuestras búsquedas, y no es que el ruido inmediatamente pierda valor en ello, todo lo contrario, no se trata solo de ruido, hablamos de algo más complejo que se forma cuando muchos ruidos se unen, ya sea por armonía o por otra cosa, la música está hecha para ser escuchada, mi padre como músico, aparte de dedicarse a componer las canciones que por lo menos yo soy capaz de escuchar en mis sueños, en mis pesadillas e incluso en la frente al espejo, que si bien no es música, por lo menos intento dejar lo mejor de sí en ella. Ahora que puedo ver esa creación en el espejo, y me doy cuenta de que tengo un rostro, un poco moreno, con facciones parecidas a las de él, cabello negro, largo y lacio, quizá yo no sea un artista, pero como ya lo había dicho antes, el descubrió el arte de escuchar música, y creo que si pude recorrer todo lo que he recorrido, gracias a que escuché una melodía en un sueño, esa es la presencia de él en mí. Yo sabía que había algo más detrás de ese reflejo, ahí estábamos él y yo, al fin; pero sin darme cuenta, con el brazo izquierdo lance un puñetazo tan fuerte que todo el espejo se partió en muchos fragmentos que se regaron por la habitación, a excepción de uno grande de ellos, que busco alojo dentro de la tibia carne





de mis manos, a pesar del dolor e incomodidad que esta punzaba insistente en mí, la retire con sumo cuidado para contemplar el estético color que mi sangre ramificaba gota a gota en mi piel, en mis zapatos, ahora en mi mente, pienso que la sangre no es necesariamente un símbolo de la violencia, sino uno para saber que estas unido con alguien, o a una red entera, como los espejos en casa de Curandera. Me pareció curioso que el espejo tuviera un espacio hueco detrás del vidrio que rompí. Explorando la cavidad que ahí quedo, estaban escondidos varios pedazos de papel y un tintero, que al sacarlos, los observe, los toque con mi mano derecha que no sangraba, y sin engullirme en la indiferencia, no pude evitar pensar que podrían ser las hojas que el abuelo arrancó de su diario, así que busqué en la mochila el diario del abuelo, lo abrí para dar con el rompecabezas, y descubrí que tenía la razón, embonaban perfectamente, solo había un detalle muy curioso, las hojas estaban en blanco. ¿Tanto andar para llegar y encontrar un montón de hojas sin algún sentido? No podía ser, pero después de mirarlas un rato, no muy lejos escuché el silbato del tren de correos que pasaba cerca de la residencia, y una idea vino a mi cabeza, era claro que el abuelo quería que encontrara esas hojas. Intenté encontrar un bolígrafo en mi mochila, pero no mentí ninguno, así que sintiendo una buena cantidad de sangre desperdiciándose en mi mano se me ocurrió algo un poco macabro, pero al fin y al cabo con la mejor intención del mundo. Tomé unos cuantos restos de libros para usarlos como asiento y en un pedazo de librero a manera de mesa, exprimí toda la sangre que pude de mi palma, con fuerza hasta que el tintero se llenó, me senté y con calma, tomé todo el tiempo que necesite para escribirle





una carta a mi padre, use las plumas que mi abuelo, en su mensaje dejó ahí, para escribir esto, con nuestra sangre, después de todo, recordé que cuando niño, el día que él se fue, me dejó su dirección postal, por si algún día quería hablar con él, solo que la había olvidado, pero recordé que el único lugar en la que iba a encontrarla estaba en mí. Al terminar, sabía que ya era hora de volver a casa.







ÍNDICE

Carta al ausente

<i>Prólogo:</i>	9
<i>Día I:</i>	11
<i>Día II:</i>	15
<i>Día III:</i>	17
<i>Día IV:</i>	21
<i>Día V:</i>	25
<i>Día VI:</i>	29
<i>Día VII:</i>	33







Carta al ausente de Amaury Flores, editado por el CCH Naucalpan, se terminó de imprimir el diecisiete de septiembre de 2015 en los talleres de ..., la edición consta de 500 ejemplares. El papel en que se imprimió es cultural de 90 grs en interiores y cartulina sulfatada de 12 puntos en los forros, en su composición se utilizó la tipografía Athelas; la impresión es offset. El cuidado de la edición estuvo a cargo del editor.





DIRECTORIO

UNAM

Dr. José Narro Robles

RECTOR

Dr. Eduardo Bárzana García

SECRETARIO GENERAL

Ing. Leopoldo Silva Gutiérrez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dr. Francisco José Trigo Tavera

SECRETARIO DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Enrique Balp Díaz

SECRETARIO DE SERVICIOS A LA COMUNIDAD

Dr. Héctor Hernández Bringas

COORDINADOR DE PLANEACIÓN, PRESUPUESTACIÓN Y EVALUACIÓN

Renato Dávalos López

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL

CCH

Dr. Jesús Salinas Herrera

DIRECTOR GENERAL

CCH NAUCALPAN

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR

Mtro. Keshava Quintanar Cano

SECRETARIO GENERAL

Biol. Rosa María García Estrada

SECRETARIA ACADÉMICA

Lic. Raúl Rafael Rodríguez Toledo

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Mtra. Olivia Barrera Gutiérrez

SECRETARIA DOCENTE

Biol. Guadalupe Mendiola Ruiz

SECRETARIA DE SERVICIOS ESTUDIANTILES

Ing. Víctor Manuel Fabian Farías

SECRETARIO TÉCNICO DEL SILADIN

Mtro. Ciro Plata Monroy

SECRETARIO DE CÓMPUTO Y APOYO AL APRENDIZAJE

C.P. Ma. Guadalupe Sánchez Chávez

SECRETARIA DE ADMINISTRACIÓN ESCOLAR

Lic. Rebeca Rosado Rostro

UNIDAD DE PLANEACIÓN

Mtra. Reyna Rodríguez Roque

JEFA DEL DEPTO. DE COMUNICACIÓN

Lic. María Eugenia Ortiz Luna

JEFA DE DEPTO. DE IMPRESIONES

